

Retiro de Adviento

LA ALEGRÍA DE UN DIOS QUE SE ACERCA

Ana Isabel González, mmb

Vamos a orientar este retiro de Adviento desde la alegría. Hemos vuelto a redescubrirla a partir de la Exhortación del Papa Francisco. El Papa nos ha lanzado una llamada a poner en el centro de nuestra vida de cristianos la alegría. EG 1: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de quienes se encuentran con Jesús”. Cuando leí por primera vez esta frase me impactó muchísimo. No dice “debe llenar”, ni “debería”, o “a veces”... Dice “llena”. Una afirmación clara, una constatación, algo que ocurre (como diríamos ahora) “sí o sí”. Si hay encuentro con Jesús, esto llena de alegría.

Desde ahí nos podemos preguntar ¿es la alegría del Evangelio la que llena mi corazón y mi vida? ¿Qué pasaría si, en esa frase, yo colocara en lugar de “la alegría del Evangelio” otras cosas que, a veces, llenan más mi vida que la alegría? Por ejemplo: “el peso del Evangelio llena el corazón y la vida de quienes se encuentran con Jesús”, el stress, la preocupación, el agobio, la exigencia, el perfeccionismo... Cada uno tendrá sus propios “parásitos”, sus “chupalegrías”. Seguro que si hacemos ese pequeño ejercicio se nos hace patente la necesidad de recuperar “la alegría del Evangelio”.

Dice el Papa con insistencia que la alegría del Evangelio es una alegría que procede del encuentro personal con Jesús. En una carta que escribió después a la Vida Religiosa (“¡Alegráos!”) dice que nace de la experiencia de ser “amados, alcanzados, transformados”. Y eso vale no sólo para la Vida Religiosa sino para todos los cristianos. Es la alegría de algo, más bien de Alguien, que se te ofrece gratuitamente como un don antes de que tú hagas nada, algo que simplemente espera ser recibido y que tiene capacidad de transformar la propia vida, de ensancharla, de abrirle horizontes. Y que a nosotros simplemente nos pide dejarnos encontrar, dejarnos alcanzar, consentir a esa cercanía (todos son verbos o expresiones pasivas, que implican “dejarse”), acoger esa presencia amorosa que se ofrece como compañera de la vida y que invita a descansar en él, a descargar, a respirar, a expandir un poco nuestras vidas a veces tan agarrotadas.

Por eso, si la alegría del Evangelio procede del encuentro personal con Jesús, de ese dejarse encontrar, dejar que alguien llegue a la propia vida y la renueve, el Adviento es un tiempo privilegiado para abrirnos a esa experiencia y a esa alegría. De ahí el título: **La alegría de un Dios que se acerca**, un Dios cuya dinámica es estar cada vez más cerca, estar acercándose siempre. Siempre y “más” (porque siempre cabe un “más”)... Un Dios cuya característica es “estar viniendo siempre”, estar

aproximándose, “aproximándose”... hasta hacerse totalmente prójimo nuestro en Jesús de Nazaret y, después, hasta llegar a ser todo en todos (1Cor 15, 28) cuando su venida sea plena, porque aún estamos esperando que su venida se haga plena.

Cada Adviento la liturgia de la Iglesia nos invita a hacer una especie de recorrido por la **historia del pueblo de Israel como una historia de expectación**, una historia dinamizada por el anuncio de un Dios que cada vez está más cerca. Israel es un pueblo que vive de la promesa de que Dios mismo se hará presente en medio de su pueblo y que esa presencia será la renovación de todas las cosas, la sanación de todas las heridas, el fin de toda opresión y toda injusticia...

Isaías es el gran profeta de esta esperanza. Él se dirige a un pueblo totalmente destrozado, que ha vivido la experiencia traumática de una invasión extranjera, que ha tenido que abandonar su tierra, que ha visto destrozado su Templo y que duda de si Dios sigue estando con ellos. Isaías anuncia un futuro mucho más pleno que el pasado que tiene que ver con la llegada de Dios mismo. Y lo hace unas imágenes realmente estremecedoras, de una inmensa belleza, que conectan con nuestros anhelos más profundos:

**“Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión;
alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén;
álzala, no temas, di a las ciudades de Judá:
«Aquí está vuestro Dios».
Mirad, el Señor Dios llega con poder,...
Como un pastor que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne,
toma en brazos los corderos
y hace recostar a las madres” (Is 40, 9-11)**

**“Fortaleced las manos débiles,
robusteced las rodillas vacilantes;
decid a los cobardes de corazón:
«Sed fuertes, no temáis.
Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite;
viene en persona, resarcirá y os salvará».
Se despegarán los ojos del ciego,
los oídos del sordo se abrirán,
saltará como un ciervo el cojo,
la lengua del mudo cantará.
Porque han brotado aguas en el desierto,
torrentes en la estepa; el páramo será un estanque,
lo reseco, un manantial (Is 35)**

“Aquel día, el Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones.

Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país. -Lo ha dicho el Señor-. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación. La mano del Señor se posará sobre este monte.» (Is 25, 6-10)

También recordamos otras imágenes: las espadas transformadas en arados, los instrumentos de guerra en herramientas de trabajo (Is 2, 2-5); el lobo y el cordero habitando juntos, la paz y armonía cósmica, que afecta a toda la naturaleza (Is 11,6ss)...

Las cuatro semanas de Adviento están plagadas de estas imágenes y atravesadas por la expectación de esta promesa, por el anuncio de una novedad radical y salvadora, en el sentido de que es la liberación de toda situación de negatividad y la concesión de una plenitud total (personal, social, cósmica).

Ahí por el segundo domingo de Adviento llega Juan Bautista con un mensaje un poquito menos amable. Juan no es Isaías, no es el profeta que tiene que sostener la esperanza de un pueblo decaído y machacado. No habla de alegría y de renacimiento. Juan es un profeta fogoso, que habla de fuego y del hacha que ya está preparada para cortar los árboles. Es el que da el último aviso, el que “toca la campana” y dice: ¡eh! ¡Que hay que prepararse! El Señor se acerca y no da igual cómo se le espere, que uno tiene que poner su vida en consonancia con Él si quiere recibirle.

Y todo este recorrido majestuoso desemboca, en el cuarto domingo de Adviento, en un escenario muy distinto. Ya no es como en el caso de Isaías, que habla en medio del pueblo, ni como en Juan, que vocifera en medio del Jordán. Esa historia de expectación que recorre los siglos **desemboca en la intimidad de una mujer o un hombre** (según nos toque la anunciación a María o a José) que, en una aldea perdida de una colonia del Imperio Romano y en absoluta soledad, reciben una propuesta desconcertante: traer al mundo a un niño, cuidarlo y protegerlo, porque ese niño es la máxima cercanía de Dios a la humanidad, Dios-con-nosotros, Dios en medio de su pueblo; tan cercano, tan cercano que es uno de nosotros, uno de tantos (Flp 2,7).

Es un recorrido curioso. **De la promesa de un Dios que viene a transformarlo todo a la realidad de un Dios que se adentra en lo nuestro y carga con ello.** Parecería que al principio del Adviento nos han anunciado una cosa y lo que al final nos dan es otra. O quizá es que la promesa se realiza al modo de Dios, que no

coincide siempre con el nuestro, y que las dos cosas están unidas: **Dios viene a transformarlo todo adentrándose en lo nuestro y cargando con ello.**

A mí me parece siempre un reto y una oportunidad para la fe sentir el “escándalo”-misterio de que Dios no venga a liberarnos del peso de la existencia sino que venga a cargarlo con nosotros. Cuando uno/a siente ese “escándalo” o misterio, muchas veces desde la experiencia del sufrimiento propio o ajeno, es cuando nos podemos adentrar en la densidad de ese tremendo misterio que es la encarnación. La cuestión es **si nos salva y porque nos salva más un Dios que carga con lo nuestro que un Dios que nos liberara de ello con un chasquido de dedos.** Esta, en el fondo, por muchas teologías que podamos hacer, por muchas y buenas respuestas que podamos dar, no deja de ser una perplejidad que hace que Dios, en nuestra vida, siga siendo Misterio al que hay que abandonarse y en el que “aprender a descansar”, dice el Papa Francisco casi al final de la *Evangelii Gaudium*, donde tiene unas palabras muy hondas sobre el “sentido de misterio” ante este Dios desconcertante (EG 279).

No es fácil entender vitalmente que **lo que nos salva no es el poder de Dios sino su ser Amor que desciende hasta donde nosotros estamos.** No es su omnipotencia sino su radical solidaridad con nosotros. Igual que no es fácil entender que lo que “salva a otros” no es tampoco nuestro poder, nuestro saber, nuestro dominar situaciones, nuestros aciertos... sino nuestra capacidad de descender solidariamente con los otros (siguiendo la dirección que ha marcado Dios en su descenso) y tomar sobre nosotros su sufrimiento, aunque a veces esa solidaridad sea aparentemente inútil y lo que sintamos sea la impotencia.

A este Dios que se acerca, hay que dejarle acercarse. Tal y como es y no como nos gustaría que fuera desde nuestros deseos infantiles. Si acogemos de verdad a este Jesús y le dejamos ser Dios-con-nosotros, si nos decidimos a adentrarnos por los vericuetos de nuestra débil existencia cogidos de su mano, si aceptamos su invitación a caminar desde abajo y en solidaridad con nuestros hermanos... entonces, podremos experimentar su salvación y abrir también espacios de salvación para otros.

Desde aquí, propongo cuatro aspectos para trabajarnos en este tiempo (por eso de las cuatro semanas), cuatro aspectos que yo entiendo que son las llamadas del Adviento y que, lógicamente, no son sólo para este tiempo sino que estas cuatro semanas son como una especie de entrenamiento, de camino pedagógico para que actitudes o talentos esenciales para la vivencia de la fe se vayan haciendo cuerpo-vida en nosotros/as.

1) AFINAR NUESTRA CAPACIDAD DE DESCUBRIR A DIOS EN LA VIDA

Hay uno de los textos bíblicos más típicos del Adviento en el que el profeta Isaías habla del Mesías, ese Rey que espera Israel como un pequeño renuevo que brota del tronco seco de Jesé (el padre de David). La imagen del Mesías como un “renuevo”, un brote pequeñito, está presente también en Zacarías y Jeremías¹. La teóloga italiana Antonietta Potente, en una preciosa reflexión



que trata de atisbar qué rasgos de Dios nos está revelando este tiempo en que se sueña y se gesta otro mundo posible, acude a esta imagen para hablar de cómo está Dios en nuestro mundo.

La imagen del renuevo habla de Dios como una presencia humilde y débil, como esa fuerza germinal que descubrimos en la naturaleza, que es muy frágil pero muy poderosa al mismo tiempo pues es capaz de rasgar la tierra o las cortezas de los árboles, que vemos emerger por las grietas del asfalto o del cemento. Nos habla de un Dios que es como la fuerza de la vida que se abre paso una y otra vez incluso en las situaciones más devastadoras; la fuerza que sostiene a tanta gente que resiste y sigue luchando en medio de situaciones en las que parece que no se puede resistir más y que una no sabe de dónde la sacan; la fuerza de tanta gente que a lo largo y ancho del mundo, en nuestra ciudad, en nuestro barrio... se implica, se empeña y se desgasta también en transformar las cosas y las situaciones a veces con mucho sacrificio y aparentemente con poco fruto.

Me gusta mucho un texto que leemos algunos años en el tercer domingo de Adviento, ese en el que Juan Bautista, desde la cárcel, envía a sus discípulos a preguntar a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?”. Son palabras de duda y desconcierto. Juan ha anunciado la llegada inminente del Mesías, una irrupción poderosa y definitiva de Dios que transformará las cosas de raíz. Sin embargo, Jesús es un Mesías de otro modo. No va avasallando, sino ofreciendo; no trae el Reino de un plumazo sino que va haciendo sus signos allí donde puede. Va pasando el tiempo y no cambia nada. O al menos va demasiado lento. Y Juan duda. Las palabras de Jesús alaban a Juan pero viene a decirle: “Juan, NO SABES VER. LOS SIGNOS DE LA LLEGADA DEL REINO YA ESTÁN ACONTECIENDO”. Dios ya está en medio de su pueblo impulsando la vida desde dentro, haciendo ver a los

¹ POTENTE, A.: “Y seguía mirando: ¿Otro Dios para otro mundo?” Rev. Testimonio n° 212 (2005) CONFERRER, Santiago de Chile. “He aquí que vienen los días, dice el Señor, y despertaré a David **renuevo justo**, y reinará Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra” (Jer 23,5); “Escucha ahora, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan ante ti, que son hombres de presagio, pues Yo voy a traer a Mi siervo, **el Renuevo**” (Zac 3,8). “Brotará **un renuevo** del tronco de Jesé, y sobre sus raíces florecerá un vástago” (Is 11, 1ss).

ciegos aunque no hayan acabado aún todas las cegueras, poniendo en pie a muchos inválidos aunque no hayan acabado todas las postraciones, resucitando muertos aunque todavía quede mucha muerte. Es verdad que el Reino no está presente todavía como una realidad plena y poderosa que lo transforma todo, pero podemos reconocer, celebrar e impulsar nosotros también sus fragmentos.

Dice Benjamín González Bueta: “Jesús anunció el Reino como un acontecimiento que corre por la hondura de la vida y hace nuevas las personas y las situaciones desde dentro. El Reino ya está sembrado por Dios en nuestro mundo y fluye constantemente de El mismo hasta nosotros como una oferta inagotable de vida... Necesitamos una pedagogía contemplativa que nos ayude a percibir con nuestros sentidos a Dios activo en el fondo de nuestra realidad” (Tiempo de crear).

Hay multitud de señales... para quien sabe ver. Incluso en estos tiempos sociales, políticos, mundiales (también para muchos, personales) que, ciertamente, no nos dan muchas razones para la esperanza. Hay mucha gente compartiendo sus bienes con más intensidad, muchas iniciativas de organización ciudadana que salen al paso de necesidades cada vez más apremiantes con enorme creatividad, personas involucradas sin descanso en defender lo que es de todos, otras que comparten vida, amistad o incluso techo con quienes no tienen nada, o que tratan de ir transformando sus estilos de vida para que el planeta no se agote, sea posible una mayor justicia y podamos relacionarnos más humanamente. Hay mucha gente empeñada en vivir de otra manera para que todos vivamos mejor. Hay paralíticos que vuelven a levantarse porque han encontrado en quien apoyarse, ciegos que vuelven a mirar al futuro con esperanza porque alguien abrió sus horizontes, muertos que han tirado la toalla de la vida y que resucitan cuando alguien les da un trabajo, o la dignidad que otros les han negado, o un espacio donde rehacerse como personas.

No son signos apabullantes. No los encontraremos habitualmente en los telediarios. Pero son los signos del Reino. Aquí y ahora. Presencia del Dios de la Vida en medio de nosotros. En este tiempo de Adviento, es muy importante **preguntarnos dónde podemos reconocer los signos del Reino en nuestra vida y en nuestro entorno**. Encontrarlos reavivará nuestra esperanza. Pero también es muy importante preguntarse **cómo podemos nosotros hacer o, incluso, ser signos del Reino para los demás**, cómo podemos ayudar a que otros recuperen la esperanza, cómo podemos transformar aunque sea una ínfima parte de la vida de otras personas o de la sociedad. Eso nos compromete pero ¿no hemos de ser también nosotros, sus seguidores, los signos del Mesías para nuestro mundo?

2) APRENDER A DECIR ¡VEN, SEÑOR JESÚS! DESDE LAS ESPERANZAS DE LA HUMANIDAD, DE LA GENTE

El tiempo de Adviento es como un indicador que nos señala en una doble dirección: por una parte, nos invita a acoger ya la venida de Dios a nuestra historia en Jesús de Nazaret y su presencia en ella (“El Señor viene”); por otra, alienta nuestra esperanza en su venida plena (“Ven, Señor Jesús”).

Me impresionó mucho cuando escuché supongo que a algún profesor de teología decir que la última palabra de la Escritura es “¡Ven, Señor Jesús!” (Apoc 20, 22). Es como si, después de recorrer y de narrarnos toda esa historia de la aproximación de Dios a la humanidad, lo que queda es una promesa (“Vengo pronto”) y un deseo que es un grito: ¡Ven del todo! ¡Ven ya!

¡Ven, Señor Jesús! es el grito por excelencia de la Iglesia en el Adviento. Pero, en realidad, es el grito de la humanidad y el grito de cada persona. En cada grito, en cada lamento, en cada protesta y rebeldía contra lo injusto, en cada desesperación la humanidad grita, aunque no lo sepa, aunque no lo haga explícitamente, ¡Ven, Señor Jesús! Así resuena el grito de la humanidad desde Palestina, desde la valla de Melilla, desde la cola del paro, desde la cama de un enfermo...



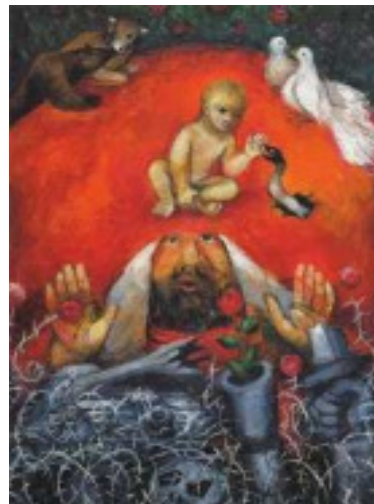
Una tarea del Adviento es aprender a decir ¡Ven, Señor Jesús! desde la escucha de los gritos de la humanidad que clama, uniéndonos a esos gritos, haciéndolos nuestros. Que este grito sea verdaderamente un grito y no una expresión devota pero desencarnada. Yo creo que sólo se

puede celebrar el Adviento desde una profunda solidaridad con los anhelos más hondos de la humanidad, desde las esperanzas concretas de la gente, de la de cerca y de la de lejos, esperanzas de carne y hueso, con nombres y apellidos.... Una oración posible para este tiempo puede ser preguntarnos qué espera la gente, cuáles son sus esperanzas reales, ponerlas delante del Señor y decirle: “¡Ven, Señor Jesús! sobre esta realidad concreta, sobre esta persona concreta”. Así podremos “aguardar la alegre esperanza, la aparición gloriosa de nuestro Salvador”² agarrados de la mano de nuestros hermanos y hermanas. Esta es también de las cosas que “no cambian nada” pero sí que nos cambian a nosotros.

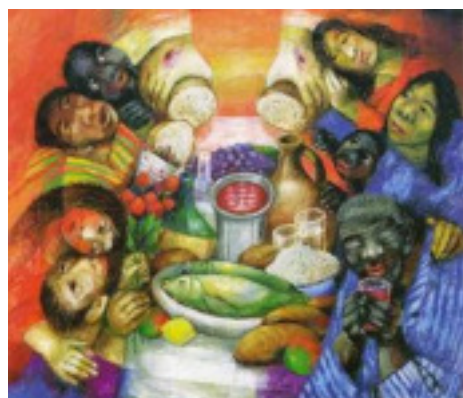
² Liturgia de las Horas, Vísperas del miércoles de la semana II.

3) DESEAR Y PREPARAR EL CIELO NUEVO Y LA TIERRA NUEVA.

Creo que sólo después del recorrido que hemos hecho (el Dios-renuevo, con sus signos frágiles y humildes colándose por las grietas de nuestro mundo; la escucha y la acogida de los gritos y esperanzas de la humanidad...) es cuando podemos recuperar las imágenes maravillosas del profeta Isaías con toda su belleza. El banquete que reunirá a todos los pueblos, las espadas trocadas en arados, el desierto transformado en vergel, el lobo y el cordero que pacen juntos...son todo imágenes de lo que esperamos: "Pero, según su promesa, nosotros esperamos nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia" (2Pe 3,13).



Este tiempo de Adviento es una oportunidad para seguir alimentando desde la fe la esperanza de que, a pesar de la opacidad de la historia y a pesar de la cantidad de víctimas que se quedan en sus cunetas, nos encaminamos hacia la Promesa, hacia el cielo nuevo y la tierra nueva donde Dios levantará el sudario que cubre a los pueblos (Is 25, 6-9), enjugará las lágrimas de todos los rostros y ya no habrá llanto, ni luto, ni dolor (Ap 21, 1-4). Es necesario que dejar que ese anhelo se incruste en el propio interior y sentirlo no sólo como un desgarrar sino como un motor que nos impulse a transformar la realidad (la pequeña realidad cotidiana de la vida de las gentes, la realidad social...) en la dirección de aquello que esperamos.



Dice Moltmann que *"quien ama y espera el futuro de Cristo, no puede conformarse con la realidad tal como es hoy. El mundo se le hace inaguantable a quien espera los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habitará la justicia (2P 3, 13). La esperanza no tranquiliza, inquieta; introduce contradicción con la realidad, genera protesta, nos despierta de la apatía y de la indiferencia propias del hombre contemporáneo, nos desinstala. Cuando se espera y se ama la liberación, empiezan a doler las cadenas"*.

Al Dios que se acerca, hay que dejarle acercarse y hay también que ayudarlo a venir. Merece la pena intentar abrir paso al "ya sí" del Reino en medio del "todavía no", aunque parezca que está destinado al fracaso o que aún es demasiado ambiguo. Merece la pena invertirse en transformar la realidad en lo posible, con la convicción de estar construyendo algo que perdura, aunque esa inversión sea muchas veces de forma kenótica, impotente o fracasada: nuestra fe nos dice que eso que llegará al final

tiene mucho que ver con lo que hayamos tratado de construir en esta historia. No con lo que hayamos conseguido (éxito) sino con lo que hayamos invertido (entrega).

GS 39: "... la esperanza de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación por perfeccionar esta tierra... Pues los bienes de la dignidad humana, de la unión fraterna y de la libertad, a saber, todos los bienes que son fruto de la naturaleza y de nuestro trabajo, después de haberlos propagado por la tierra,... volveremos a encontrarlos,... iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal... Este reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; con la venida del Señor se consumará su perfección". La confianza en la Promesa nos permite trabajar, acompañar, luchar con la esperanza de que ningún esfuerzo, ninguna entrega, ningún amor se pierde.

4) DEJARNOS ENCONTRAR POR ÉL Y ENSANCHAR NUESTRA CAPACIDAD DE RECIBIRLE.

Para ello, hemos de reconocer nuestra necesidad de él y su deseo de entregárenos sin medida. Recordar siempre que el amor consiste no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó primero (1Jn 4, 18-19). Su amor nos precede. Hemos de dejarnos encontrar, dejarle que se acerque, consentir a su abrazo. Hacernos hueco, vivir la pasividad del dejarse hacer, dejarse amar, dejarse encontrar, dejarse envolver, dejarse conducir, confiarse, abandonarse. Lo más transformador en nuestra vida es la experiencia de recibir y dejarnos hacer.



"A veces, Padre, creo adivinar algo de tu gran misterio, como un destello dulce y cegador, ¡tan breve!, ¡tan leve! Es menos que un atisbo, menos que presentir que voy a estar cerca, a punto casi de tocar algo, menos que lo mínimo, y se va. En vano intento atrapar lo que vislumbro, aclarar lo que asoma entre velos, ahondar en lo que intuyo, precisar los contornos tan vagamente insinuados. Es inútil tratar de asir lo que es tan impalpable que parece inexistente, y sin embargo, tan fuerte y tan verdad.

Sólo alcanzo a eso, a ver agitarse levemente una cortina que no se abre, y siempre lo que entreveo es gozo, gozo puro, infinita alegría. Entonces creo entender, aunque no entiendo nada. Y quisiera exultar: Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra. Pero mi voz se ahoga de puro júbilo. Tú lo conoces, yo me callo y después todo pasa. Vuelve a correrse el velo y la vida es, como siempre. Pero he sabido suficiente, sin saber: TU ERES ALEGRIA" (Angela C. Ionescu, Como Barro, PCL, Madrid, 1999)